

palabra bastaba para corregirlos y enmendarlos. Se cuenta con este motivo una graciosa anécdota. Un día que Francisca salía magníficamente adornada y llena de cintas y rizos, encontró de repente, á la puerta, á San Francisco de Sales, que venía á visitar á su madre. Se detuvo cortada y avergonzada, viendo que iba compuesta de un modo tan poco en relación con las instrucciones del Santo. El bienaventurado se detuvo también, la estuvo mirando algún tiempo sin decirle nada, para dar tiempo á que la vergüenza la hiciera sentir su falta, y después sonriéndose: «No estoy tan enfadado como creéis—la dijo con bondad;—estos adornos son verdaderamente un poco mundanos, pero ese rubor viene del cielo y de una conciencia de la cual la gracia de Jesucristo no está lejos.» Y al mismo tiempo, ocultando bajo su mismo peinado algunos de sus rizos: «Esconderéis—la dijo con su amable sonrisa,—esconderéis muy bien los otros sin ayuda, y es menester no quitaros ese mérito; ya veréis cómo agradáis más á Dios que hubiérais podido agradar al mundo y sus partidarios.» La dulzura del Santo, aquella feliz sorpresa, y sobre todo la gracia, hicieron tan viva impresión en Francisca (1), que nunca lo olvidó. María Amada también había sufrido, aunque tal vez menos que su hermana, los ataques de la vanidad. «Empleaba algún tiempo más que el debido en adornarse y componerse, para lo cual tenía gracia particular. La señora de Chantal, que lo conoció, la reprendió con dulce severidad, y reconociendo al instante su falta la obediente niña, fué á confesarla á San Francisco de Sales, y desde entonces ya no se vió en ella sino una singular modestia, unida á un gusto sencillo y delicado en sus adornos (2).»

Por lo demás, una y otra, aunque tan hermosas y

(1) *Oración fúnebre de la señora de Toulangeon.*

(2) *Noticia de la Baronesa de Sales de Ihorens.* ( Véase también á *María Amada de Chantal*, por la Madre de Chaugy.)

tan propias para agradar al mundo, se las veía muy pocas veces en medio de él. Se las encontraba más á menudo en la cabaña del pobre que en las grandes casas de los ricos; pero en todas partes se las conocía al instante por hijas de una Santa, en su aire amable y fino y en el delicado cuidado que ponían en olvidarse de sí mismas para no pensar más que en los demás. En su casa recibían á las gentes con tal cortesía, respeto y modestia, que toda la nobleza de la provincia concurría á ella con afán (1). Pero no adelantemos los sucesos. Ya veremos después á María Amada y Francisca, casadas y establecidas en el mundo, ser el objeto de una solicitud aún más grande por parte de la Santa, y corresponder las dos con virtud tan generosa, que llenará de admiración á San Francisco de Sales.

Mientras que la señora de Chantal se mostraba tan buena y verdadera madre, seguía siendo la viuda más tierna y más fiel. A pesar de hacer ya tantos años que había muerto su esposo, pensaba en él, no obstante, sin cesar. Continuamente hablaba de este querido difunto, y siempre con suspiros que se reprendía como una debilidad.

Esto dió motivo á un singular y tierno escrúpulo. Tuvo miedo de ofender á Dios llorando tan largo tiempo y con tanta amargura al que Dios le había quitado, y en 1606 consultó por primera vez este asunto con su Santo director. Hasta este tiempo, en 1604 y 1605, todas sus cartas están llenas de la tierna y profunda memoria de su esposo, pero sin la menor muestra de escrúpulo ni inquietud. Importuna sin cesar á San Francisco de Sales para alcanzar sus oraciones en favor del Barón de Chantal. «Estad segura—la escribe el Santo Obispo con fecha 14 de Octubre de 1604—que no olvido á vuestro difunto esposo en la santa Misa.» Y un mes des-

(1) *Noticia de la Baronesa de Sales.*

pués, el 9 de Octubre de 1604: «Ya os he dicho y os lo repito, pues que lo deseáis, que siempre llevo al altar la memoria de vuestro esposo.» Y al año siguiente, el 30 de Noviembre de 1605: «No hay día alguno en que yo no ruegue por el alma de vuestro esposo, y creo que me lo habéis querido recordar con la relación de esas dos cosas que me contáis, y que me han sido muy gratas » (1).

En 1606, en el mes de Julio, es cuando se ve nacer por vez primera en la señora de Chantal el temor de que este constante y profundo recuerdo de su esposo, la costumbre que tenía de hablar de él sin cesar, las lágrimas y suspiros que no sabía reprimir, fuesen algo contrarios á la plena y entera resignación que quería tener á la voluntad santísima de Dios. «Me preguntáis—la contesta San Francisco de Sales—si no habláis demasiado de vuestro difunto esposo. ¿Qué os dije yo, mi muy querida hija?, porque ya no me acuerdo; pero pensando en ello, os diré que no hay mal ninguno en hablar cuando se presenta ocasión para ello, porque esto no quiere decir sino que conserváis la justa memoria que de él debéis tener; pero creo sería muy bueno que hablando de él hablaseis de un modo natural, sin palabras ni suspiros que demostrasen un amor apegado á la presencia corporal, y así, en lugar de decir mi pobre marido que en gloria esté, quisiera que dijerais mi esposo que Dios haya perdonado, etc., etc.; y decir esto con un sentimiento de afecto, no debilitado por el tiempo, sino libre y acrisolado por un amor superior. Creo que me entendéis, pues siempre me comprendéis perfectamente (2).»

Y no sólo no podía la señora de Chantal dejar de hablar de su marido, sino que en 1606, cinco años después

(1) Véanse las *Cartas de San Francisco de Sales*, y las *Cartas inéditas*, en las fechas indicadas.

(2) Carta del 7 de Julio de 1606.

de la muerte de éste, no le era posible oír pronunciar el nombre del autor de la catástrofe. Como el señor de Anlezy era pariente del Barón de Chantal, se había intentado varias veces procurar una entrevista entre este señor y la viuda; pero aunque la Santa le había perdonado sinceramente, la sola idea de ver en medio de sus hijos al hombre que los había hecho huérfanos la conmovía de un modo tan horrible, que había exigido no se le hablase más de esto. Algún tiempo después, San Francisco de Sales había querido probar con alguna palabra si se podía tratar del asunto; pero viendo que no se le escuchaba no quiso insistir, siguiendo su dulce y sabio método de no adelantarse á la gracia, y sólo pensó en aprovechar una ocasión oportuna. A fines de Junio de 1605 la misma Santa le proporcionó una, tal como él la deseaba. En una carta que le escribía, hablando de su marido como lo hacía muchas veces, le cuenta el modo con que hablaba en la hora de su muerte de cuantos le habían ofendido, y las palabras de afecto y perdón con que este querido esposo dejó el mundo y cuanto en él amaba. San Francisco de Sales era demasiado hábil para no aprovechar una ocasión semejante, que le proporcionaba hacer otra tentativa bajo la influencia de tan tierna memoria, y la contesta inmediatamente: «Mucho consuelo me ha dado la relación que me hacéis de los rasgos de virtud que brillaron en vuestro esposo á su partida de este mundo, señal evidente de su religiosidad y buen carácter, como también de la gracia divina con que el Señor le asistía. Y ya veis que si pudiera hablaros os diría lo mismo que yo en cuanto á la entrevista del que le dió el golpe de muerte. Así, pues, hija mía, arriba el corazón.

Para vos y para mí, por consecuencia, es un gran consuelo saber cuán dulce, bueno, agradable y amoroso era el corazón de este caballero para con los que le

habían herido ú ofendido. ¡Ay! ¿No será muy justo que le demos gusto imitando su ejemplo?»

Y para dar el último golpe, haciendo hablar al Esposo del cielo después del de la tierra, y llamando en su ayuda á los dos grandes amores que llenaban el corazón de la Santa: «¿Qué diré yo de nuestro nuevo esposo? ¿Qué dulzura no manifestó con los que le dieron la muerte, y no por descuido, sino por pura malicia? ¡Ah! ¡Cuán agradable le será que hagamos nosotros lo mismo! Este es nuestro nuevo esposo, querida hija mía; y ni la muerte disuelve nuestro matrimonio con él, sino que, por el contrario, le perfecciona y consuma.» Se creerá con esto que al fin esta vez triunfó San Francisco de Sales, pero no fué así, y en 1605, como en 1604, nuestra Santa no pudo resolverse al sacrificio que se la pedía.

Pasó un año, y en Julio de 1606 los parientes de la señora de Chantal y del señor de Anlezy tratan de hacer una nueva tentativa; nuestra Santa lo sabe, y toda su sangre se rebela: escribe apresuradamente á San Francisco de Sales dándole parte de sus temores y de sus repugnancias. El Santo contesta: «No hay necesidad de que busquéis día ni ocasiones de ver al señor de Anlezy; pero si se presenta, quiero que tengáis un corazón dulce, amable y compasivo para con él. Conozco que ese corazón se conmoverá, que vuestra sangre se encenderá; pero ¿qué es todo esto? También nuestro Salvador se conmovió á vista de su Lázaro muerto y á la idea de su pasión representada en su mente. Sí; pero ¿qué dice la Escritura? Que en una y otra ocasión levantó los ojos al cielo. ¡Ah, hija! Dios nos hace ver en estas ocasiones que más que espíritu somos carne y hueso (1).»

Y conociendo que era preciso insistir y que esta dis-

(1) Carta del 6 de Julio de 1606.

posición de ánimo no podía durar más sin perjudicar á la perfección á que aspiraba la señora de Chantal, y que, por otra parte, ya era bastante fuerte para el gran sacrificio, añade: «¿Me he explicado bien? Por si así no fuese, repetiré que no es necesario busquéis ocasión para encontraros con el Sr. de Anlezy; pero quiero condescendáis con los que desean procurárosela, y que manifestéis que lo queréis todo, sí, todo, y aun la muerte misma de vuestro esposo, por amor de vuestro dulce Salvador.» Conociendo que después de mandar, lo que le sucedía rara vez, tenía necesidad de animar á la señora de Chantal, «valor, hija mía —la decía,— practiquemos estas pequeñas y ordinarias, pero excelentes y santas virtudes; quedaos en paz, y á Dios otra vez, hija mía; manteneos en la tierra con sólo la punta de vuestros pies, y levantaos cuanto podáis hacia el cielo (1).»

La señora de Chantal obedeció por fin esta vez, y consintió en la entrevista con el Sr. de Anlezy. Estuvo todo lo amable que le permitió su corazón, y queriendo domar la naturaleza hasta en sus más legítimas repugnancias, ofreció al Sr. de Anlezy, que acababa de ser padre, tener á su hijo en la pila bautismal; pero este acto heroico le costó mucho trabajo. Fué menester que interviniese de nuevo San Francisco de Sales, y que, medio por autoridad y medio por persuasión, arrancase del alma desgarrada de nuestra Santa este nuevo y cruel sacrificio (2).

Esta es la señora de Chantal pintada al natural. Vemos á la esposa inconsolable, después de seis años de viuda, llorando todos los días de su vida, á pesar de su entero desasimiento de todas las cosas, al esposo que tanto había amado. En vano se consagra al servicio de Dios con toda la vehemencia de su carácter; en vano

(1) Carta del 6 de Julio de 1606.

(2) Carta del 24 de Enero 1608.

derrama á manos llenas sobre los pobres toda la ternura de que su corazón es capaz; nada puede echar un velo sobre la imagen, presente siempre en su alma, del esposo que desapareció para ella. Le conserva tan tierno, tan profundo y constante cariño, que aquí parece débil su obediencia, y por primera vez casi no escucha á San Francisco de Sales. Lejos de destruir los afectos de esposa y de madre el amor de Dios, parece los rejuvenece y vivifica; y de este modo se nos revela el inefable misterio de que el desasimiento no es insensibilidad, y que los verdaderos corazones de esposas, de madres y de hijas son precisamente los corazones de las Santas (1).

No obstante, era más fácil á nuestra Santa olvidar al mundo que hacerse olvidar de él. Era joven aún, tenía un nombre ilustre, una fortuna considerable, admirables cualidades de espíritu y corazón, grandes atractivos exteriores, y un no sé qué de completo y acabado que la virtud añade siempre á la belleza. Así, apenas pasaba un año sin verse buscada y pedida en matrimonio. Sobre todo, en el año de 1606 se trató porfiadamente de que pasase á segundas nupcias. A los primeros pasos, la señora de Chantal respondió francamente que no pensaba en semejante cosa, y que esto era imposible de todo punto. «Bien dicho—la escribe al instante San Francisco de Sales felicitándola;—es menester cortar y romper francamente en estas ocasiones; es menester no entretener á los chalanes, pues que no tenemos la mercancía que desean; preciso es decírselo con claridad para que vayan á otra parte; ¡donosa ocurrencia es, por cierto, la de esa pobre gente! ¿No ven que hemos quitado la muestra? (2).»

Parece se hacían valer, para determinarla, razones

(1) Carta del 30 de Enero de 1606.

(2) Carta del 30 de Enero de 1608.

de familia, y sobre todo el interés de su anciano padre, que se aprovecharía aún más que su hija de este matrimonio. «¡Oh Dios, hija mía—añade San Francisco de Sales,—es menester ser sencilla completamente en este asunto, y no querer oír ni una palabra de capitulación. Dejad hacer. Dios guardará muy bien á vuestro padre sin perder á la hija.»

«Verdaderamente no dicen mal—añade haciendo alusión á ciertas palabras de la carta de la señora de Chantal;—Santa Agueda, Santa Tecla y Santa Inés, sufrieron la muerte por no perder la azucena de su castidad, ¿y querían meteros miedo con fantasmas? ¡Oh, sí, sí, hija mía, leed amorosamente la Imitación de la Santísima Virgen y las Epístolas de San Jerónimo; entre ellas encontraréis la que escribe á su *Furia* (1); y algunas otras que son muy hermosas.» Quince días después, para acabar este negocio, la señora de Chantal fué á Dijón, y tuvo que sufrir los más dolorosos asaltos; pero nada pudo quebrantar su resolución.

Algún tiempo después principiaron de nuevo las instancias, «porque el caballero que la pretendía para esposa era sumamente rico y viudo; tenía varios hijos, y se pensaba en que los hijos de la señora de Chantal casasen con los del pretendiente, lo que hubiera proporcionado una gran opulencia á la casa de nuestra Santa (2).» Todos los parientes de ésta se coligaron, y resolvieron obligarla á que diese su consentimiento. El señor Presidente Fremiot, que era íntimo amigo del caballero, empleó los ruegos, las lágrimas y los mandatos, todo lo cual martirizaba á nuestra santa Baronesa. «Yo hubiera querido estar en casa de mi suegro;

(1) Es la Epístola en que San Jerónimo, con términos admirables, trata de la felicidad y perfección de las viudas.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 92. Esta se equivoca, sin embargo, al colocar este hecho en 1609; la fecha de las cartas de San Francisco de Sales nos prueba que fué en 1606.

todas las persecuciones que en ella había sufrido me parecían rosas, comparadas — dice — con estas espinas. Todo lo más que me era posible, me mantenía asida al árbol santo de la Cruz, temiendo que tantas voces encantadoras hiciesen al fin alguna mella en mi corazón, adormeciéndolo para que cediese á alguna complacencia mundana.»

Un día particularmente, los asaltos fueron tan largos y tan dolorosos, que la Santa viuda temió sucumbir á ellos. Entonces, escapándose de la junta de sus parientes, sube á su cuarto, se pone de rodillas, vierte torrentes de lágrimas en una fervorosa oración, y decidida por fin á ejecutar un acto en que pensaba hacía largo tiempo, toma un punzón, lo pone al fuego, y ya bien caliente descubre su pecho, y con letras profundas imprime sobre su corazón el nombre sagrado de Jesús, para demostrar que decididamente renunciaba á toda otra alianza que no fuese la de Jesucristo. El hierro había entrado tan adentro, que no sabía cómo detener la sangre que corría abundantemente de aquella heroica llaga. Empapó luego la pluma en aquella sangre, escribió de nuevo sus votos, y la promesa renovada entonces de consagrarse únicamente al solo amor de Dios.

Cuando, treinta años después, murió la Venerable Madre de Chantal, y principiaron sus hijas á lavar el cuerpo, encontraron sobre su carne, demacrada por la penitencia, encima del corazón, «aquel santo nombre, grabado en caracteres grandes, como de una pulgada, muy bien formado excepto la S que no estaba concluida; la cruz estaba hacia abajo.» (1)

Las Hermanas contemplaron con emoción esta señal sagrada de amor á Dios, de castidad y de valor, y comprendieron muy bien lo que dice admirablemente el

---

(1) Carta circular de la Madre de Mussy acerca de la muerte de la bienaventurada Madre de Chantal.

autor de la *Imitación de Jesucristo*, que sin dolor no hay amor (1).

---

(1) Inútil es decir, que este acto es uno de aquellos de los que se dice, y con razón, que son para admirados y no para imitados. Este era el dictamen de San Francisco de Sales, quien dijo «que si la señora de Chantal le hubiese consultado, no lo hubiera permitido.» Véase lo que dice la Madre de Ballón en sus *Memorias*: «El 25 de Noviembre de 1621, hablando con el Ilmo. Sr. de Ginebra, le dijo entre otras cosas, que había sabido que la Madre de Chantal, siendo seglar y ya viuda, había pedido á su confesor permiso para grabar sobre su pecho al lado del corazón, con un buril encendido en el fuego, estas dos palabras: *Viva Jesús*, y que se lo había concedido, pero que esta operación la había causado al instante calentura. Yo sentía entonces algún deseo de hacer lo mismo, pero tal vez no sería efecto sino de un movimiento de vanidad. Sin embargo, no quise callarlo al bienaventurado Prelado. Me dijo que, en efecto, la señora de Chantal había conseguido licencia de su confesor para esto, pero que entonces no estaba bajo su dirección, y que él no se lo hubiera permitido; después me negó á mí su consentimiento completamente» (*Memorias manuscritas*, archivo de Annecy.) Esta relación es muy curiosa, aunque tiene algunas inexactitudes. No es *Viva Jesús!* sino el sólo nombre de *Jesús*, lo que Santa Juana Francisca grabó en su pecho. En cuanto á lo que dice San Francisco de Sales, «que entonces no estaba bajo su dirección,» quiere únicamente decir que estaba lejos, y que por esto no pudo la Santa consultarle; porque este hecho se verificó sin duda ninguna el año de 1606, ó tal vez en las primeras semanas de 1607. En esto, repito, no hay duda alguna.

